

Espacio Azul, son diez.

(Este escrito no tiene ilustraciones, si acaso la imagen podrá ser evocada por la palabra. A fin de cuentas aquí el pintor es el motivo y como tal no pinta nada.)

PRIMERA: El espacio azul no es, por incorpóreo, menos caja. Transparente por delante, como un escaparate para los ojos –suyos y nuestros-, este lugar que se cierra sobre lo conocido, despliega su ilusión de separación y refugio. Dentro, hombre y mujer, inexcusablemente desnudos, muestran sus medidas, marcados como pizarras con signos arcanos y letras. Como una intemperie sin funciones, sobre sus cabezas y entre ellos, se abre un margen de aire descartando lo propio de la angustia. Sobre los cuerpos, curvas de nivel refuerzan la hipnótica convergencia de las pupilas. También hay huellas de sanguina en los labios como restos de una cosmética innecesaria ahora. Ciertas asimetrías de los rostros y un ligero estrabismo que obliga a sacar de su inmovilidad a la mirada, parecen dotar de vida a estas estatuas...

¿Quiénes son esos extraños conocidos?..., si es que hay un “quién” en esta escena, si es que el que la mira siquiera sea un quién para esta escena en la que se ha visto impelido a formar parte. Extrañeza de la familiaridad de los otros. Insignificancia de vivir tantas vidas. No hay mensaje en la identificación, se sabe más en los momentos de mayor incomunicación. Pintar es dejarse acompañar por muchas soledades, hay siempre un automatismo tras el pintar que nutre sin saciar. El ojo haciendo el viaje de la mano. La mano tirando del resto, extrayendo el caracol del universo. Las imágenes como plantas que crecieran instantáneamente, más veloces que la conciencia, y el secreto deseo de que eso siga así. Toda propia huella interpelando..., ansiando extraer de lo íntimo un atisbo de exterioridad, mareando a la conciencia con su propio parloteo. Lo que separa empieza a fundirse, o más bien a esfumarse con un crecimiento de líquen. Es como rozar dedo sobre dedo hasta la insensibilidad y después tocar, con ese tacto de otro, la propia cara en su rareza para nadie.

INTERMEDIO: A veces una imagen tiene el poder de abrir una decisiva nostalgia de alminares y mezquitas, de soleadas paredes donde sumergirse en la fresca sombra. También algunos colores, algunos azules y ocres y, desde luego, ciertas líneas trazadas a mano que autorretratan mejor que cualquier fotografía, sobre las que parece como si un ojo, o una lente sobre el ojo, iniciase un progresivo zoom hacia el centro... El mundo, o más bien: un mundo con el que llenar la mente... Hay algunos principios que solo en la evidencia de la simple percepción pueden ser conocidos, que han llenado nuestros sueños de viajes lejanos, que mantienen el poder fascinador de ciertos cuentos y que, en un gesto adolescente, han determinado el origen de las tecnologías. Y que esa llamada hacia la experiencia más inmediata, haya provocado precisamente una ciega estampida en sentido opuesto. Quizá solo se trate de provocar un estado de asombro y el celo de mantenerse encendido en su viveza. ¿Por qué transformar en una colonización nuestra orientación hacia lo exterior? ¿De dónde surgió esa definición de fronteras entre lo propio y lo ajeno, ese establecimiento de territorios vedados? ¿Qué remota experiencia se oculta tras la necesidad de establecer un espacio separado donde situar todo lo que nos falta? El mundo como un fondo sobre el que desgajar nuestra identidad.

Para que lo real se nos presente como separación, suponemos una diferencia

de grado en su potencial de realidad. En el artista, abocado a la contemplación, será precisamente el si mismo el que sufrirá un merma de realidad, el artista se experimenta como irreal para si, como ser en tanto que carece. En el aparecer del mundo busca su propio rostro, cerrando el círculo de mutuas alusiones que Cirlot identifica: "mi alma es el paisaje que me mira". Pintar para saberse, para sacar de su irrealidad al que pinta. La instantaneidad es la condición que asegura la persistencia de la imagen y del fósil. Lo real absoluto es tanteado en la percepción sostenida que demanda una obra a su hacedor. Permanecer en la contemplación es un modo de reforzar esa "baja señal" y anclarla en el centro del ser.

De esa dificultad para obviar la realidad de las cosas surge la pulsión de describirlas. Pero describir lo ocurrido como si se tratara de una historia lineal es tan engañoso como interpretar un sueño. No me lo cuentes, no te escucho, no lo necesito ni lo quiero.

No se trata de conocer el símbolo y nombrarlo, no es –ese afán- de conceptualizar lo sensible en sistemas que son como catálogos de semejanzas y ritmos. Tampoco es contar -sin resonancia- lo que pasa, eso sería tan monótono y estéril como el laboratorio surrealista. Más bien, lo que se nos impone es atender al potencial de lo sensible para evocar esa vida ausente y verdadera de la que hablaba Rimbaud. Del mismo modo que una estría en la copa intensifica en el tacto los matices del licor al tiempo que señala "el acto" de beber como aquello que sucede sincronizando universos; la obra brilla en cada uno de sus signos y lo cotidiano queda ya instaurado como bosque de zarzas ardientes.

SEGUNDA: Nadie tan extraño como aquel que habla la propia lengua, nada más excluyente que compartir un lenguaje. Trato de comprender descubriendo al otro. En su vulnerabilidad encuentro un paso... A los pies descalzos de Fátima y al corazón abierto de Patricia, soplaría avivando la visión. Cuando Silvia se escurre felinamente por el cercado, Iván se frota la cerviz con manos entintadas. Isa hace saltar y saltar en astillas los festones y Blas baila con cascabeles de piedra. Carmen deja llegar la sangre al río y en cestas Úrsula atesora su abundancia sin mojarse. Ismael va confinando la mota en el ojo y Helí guarda la ley de los campos en la oreja del lobo.

Helí, Silvia, Blas, Patricia, Isa, Iván, Ismael, Carmen, Fátima, Úrsula, perdiéndose en lo que hacen. Deshacimiento del autor en su obra. Si digo que alguien se ha perdido estoy guardando para mí algunas otras palabras.

Y aquí termina este escrito.